

LA INMACULADA EN NUESTRA ORDEN CONCEPCIONISTA



Imagen rescatada intacta de la guerra civil española y venerada en el Monasterio de Monjas Concepcionistas de Alcázar de San Juan

Nuestra Orden Concepcionista centra su espiritualidad en el soberano misterio de la santidad original de la Virgen, teniendo por fin la imitación, veneración y amor de la Inmaculada, libre, en su Concepción santísima del pecado original. Para esto fundó la Orden nuestra Madre Santa Beatriz de Silva.

La vida de la Monja Concepcionista encuentra su razón de ser en la contemplación e imitación de su Madre Inmaculada, figura esplendorosa de lo que ella anhela y espera ser. Conseguir la liberación del pecado y la no violencia es el impulso tendente de la Monja Concepcionista hacia la santidad.

Las Monjas Concepcionistas se obligan a vivir las actitudes de María traduciendo en obras de virtud la virginidad purísima de María: virginidad en su obrar, virginidad en sus juicios, virginidad en su corazón, virginidad en sus deseos, virginidad en sus afectos, virginidad en su voluntad, para así colaborar más eficazmente en la regeneración de sus hermanos, los hombres, a quienes ama intensamente en las entrañas de Cristo¹.

La Inmaculada Madre de Dios, es, por ello, nuestra Madre, Maestra, ejemplar y camino que nos conduce a Dios. Ella nos invita a amar e imitar en su misma santidad original la santidad del primigenio pensamiento creador de Dios sobre el hombre y su destino a la santidad².

Contemplándola a ella descubrimos cómo la adorabilísima Trinidad, cuyo aliento es la santidad, impulsora, por amor, de la creación del hombre a su imagen y semejanza, dándole la vida con su mismo aliento y por ello destinándole a la santidad, es el fundamento de nuestra espiritualidad concepcionista³.

María es salvación para todos los hombres. Todas las gracias que le concedió el Señor estuvieron ordenadas a esto: a la salvación del hombre. Fue la criatura privilegiada que también fue salvada. Fue la primera beneficiada de la redención del Hijo por quien le vinieron todas las gracias. Esas gracias que ayudaron, por divino querer y por correspondencia de María a salvar a los hombres. Por eso, Dios primero y también nuestra Madre, lo que desean es que las

¹ Constituciones, artículo 57

² Estatutos, artículo 6

³ Estatutos, artículo 7

aprovechemos imitando ese Modelo bendito que es María, imitar sus virtudes para lograr mejor el desarrollo de nuestro ser.

Su virtud fundamental fue la entrega confiada y amorosa a Dios, su actitud de esclava, que permitió a Dios trabajarla y llevar su ser a la plenitud a que la llevó, a la gigantesca santidad y, consecuentemente, a la desbordante fecundidad de sus maternidad espiritual.

Vivió intensamente a lo largo de toda su vida y en todo acontecimiento la donación total de su ser a Dios y la receptibilidad o aceptación de Dios en su ser. Es decir, a través de todo acontecimiento “engendró” a Dios en su alma. Lo “recibió” en cada acontecimiento que le sucedía y se “entregó” a Él abrazándose a su querer divino.

Buscó el “contenido” de todos los sucesos, el “contenido” que es Dios, su acción y se quedaba con él en su corazón, meditándole, viviéndole y creciendo más y más en su inefable unión. Así Dios la iba haciendo Madre.

Recordemos si no el nacimiento pobrísimo de su Hijo, la desconcertante y violenta huída a Egipto, la dolorosa pérdida de Jesús en el templo y su respuesta, cosas que, aunque no las entendiera de inmediato, ella guardaba en su corazón meditándolas, viviendo de ellas.

Así, el Espíritu Santo iba convirtiendo a María en gracia de Dios para nosotros.

El momento cumbre en que llevó su actitud de entrega a Dios, de disponibilidad total en sus manos, de aceptación de Dios, fueron los sucesos cruentos de la Muerte de su Hijo. Estos acontecimientos la llevaron al pie del patíbulo como madre de un ajusticiado, donde la esperaba Dios para consumir allí su Maternidad universal. Allí, en el límite del dolor, unida íntima y vitalmente a Jesús dolorido y agonizante alumbró a la humanidad redimida.

Nunca podremos comprender hasta dónde profundizó María en el misterio de la Redención y hasta dónde lo vivió.

Ella se sintió allí Madre de todos los redimidos como consecuencia de las palabras (creadoras por ser Dios) que Jesús le dijo al pie de la Cruz y por su participación en la Redención. Y por ello, María, acogió y agradeció la redención de su Hijo, en nombre de todos los hijos que llevaba en su corazón, en nombre de cada una de nosotras. Ella la acogió y se inmoló al mismo tiempo por nosotras, para que después nosotras, a nuestro tiempo, pudiéramos con más facilidad acoger la redención de Jesús en nuestra vida y conducta, logrando su eficacia salvadora: la transformación total en Cristo. Para esto nos sirvió el martirio de María. Sublime y fundamental lección para nosotras, concepcionistas, que debemos imitarla.

¿Cabe entonces la queja en nuestra vida cuando la prueba nos desgare el corazón o el espíritu? Si hemos de parecernos a María, pues para eso somos concepcionistas, ¿hemos de rechazar el dolor, la incomprensión, cualquier clase de acontecimiento en nuestra existencia que nos haga sufrir? ¿Seremos así madres espirituales? ¡No! Y ¡ya sabemos!, nuestra fecundidad y fuerza espiritual está en vivir a María. Nuestra misión está en parecernos a María, Madre, Maestra ejemplar y camino que nos conduce a Dios.

No hagamos estéril con nuestra dureza, la actuación de María en nuestra alma. ¡Ella es nuestra Madre! Y por serlo, puede ser nuestro Modelo. ¡Dejémonos hacer Concepcionistas! Acordémonos de lo que con tanta generosidad y amor sufrió nuestra Madre por nosotras. Y vivamos la actitud de “entrega” a Dios, la disponibilidad en sus manos de todo nuestro ser, la aceptación o receptibilidad, por nuestra parte, de Dios, en todos los acontecimientos de nuestra vida. ¡Que lo “veamos” y lo “recibamos” en todas las cosas, como lo “recibió” y “aceptó”, lo “abrazó”, lo amó y lo vivió María!

Que como Ella vivamos ampliamente dentro de nosotras el Espíritu Santo de Dios, trasvasado a nuestra alma por la gracia divina según su “proyecto”. Que lo vivamos en todo acontecimiento, en todo lo que nos rodea, en el trabajo diario que hacemos, en el toque de campana que seguimos a lo largo del día, en el amor a las hermanas, en los pequeños servicios que les prestamos, en la observancia del silencio, en la puntualidad en los actos comunes, en la alabanza divina bien hecha, en la oración, en la alegría que hemos de demostrar en el divino servicio y en el trato fraterno para hacer felices a los que nos rodean, en la mortificación. En todo.

María Inmaculada es la aurora que nos abre e ilumina el camino, nuestro “nuevo camino” y nos hace posible, con la luz de su misma santidad original, llegar al conocimiento de nuestro Origen y de nuestro destino: Dios, Principio y Meta de la vida del hombre.

La Mercedes de Jesús
D. I. C.